



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica los dos sábados siguientes al que aparece la Revista • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Apartado 160. Central tel. 33.47.00 Madrid.

AÑO XVII N.º 335

MADRID, 31 DE ENERO DE 1959

1.º SUPLEMENTO

DEPÓSITO LEGAL M. 1.052.—1958

• TRIBUNA LITERARIA •

SUPERVIVENCIA DE LOS CASINOS

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Luis Calvo escribió en "A B C" un artículo primoroso sobre los clubs ingleses. Yo me conformaré con divagar modestamente en torno a los casinos españoles, instituciones muy del siglo XIX, que se resisten a morir, como los coches de caballos del viejo París, de la dorada Roma, de las blancas y luminosas Sevilla, Cádiz, Málaga. Pasear en uno de estos coches por entre los árboles centenarios o a la orillita del mar, ¡fino placer! Por unos momentos, huye la prisa de nosotros, que nos dejamos llevar y mecer por el trotecillo de un caballo filósofo. En el casino, nos dejamos estar. ¿Qué es un casino? Berceo diría que es "un lugar cobdiciadero para ome cansado". Un oficinante de la Geografía nos daría esta definición: "Lugar rodeado de humo por todas partes." De finción de un agricultor: "Un harbecho productor de sosiego." De un comerciante: "Una cosa que vale mucho y cuesta poco." Definición del hombre que dice trabajar mucho y que apenas trabaja: "Sitio en el que se permanece, aunque después digamos que hemos estado en la oficina." Definición de un padre de familia numerosa: "Refugio para ejercitar un derecho de asilo, cuando en nuestra casa se ha proclamado el estado de alarma." A este respecto habría que establecer una distinción entre el aguante de los hombres y el aguante de las mujeres, para proclamar la capacidad del bello sexo para las empresas del sacrificio hogareño, que es una forma habitual de la heroicidad. Los hombres, cuando se ponen mal las cosas en el hogar, se marchan al casino, como

antes se marchaban al ágora, al gimnasio o a los jardines de Aca-demo. Las mujeres, aguantan. Los hombres van y vuelven, se alejan de la preocupación, se distraen, en suma. Las mujeres están, siguen estando al pie de la tristeza, del conflicto, de la enfermedad del hijo.

El diccionario dice que un casino es una sociedad de hombres que se juntan en una casa, aderezada a sus expensas, para conversar, leer, jugar y otros esparcimientos, y en la que se entra mediante presentación y pago de una cuota de ingreso y otra mensual. Los clubs, ¿son antecedente de los casinos? Con la Revolución Francesa se multiplican los clubs; pero en aquellos clubs nunca estaba el horno para bollos de ocio y de recreación. Y el casino no se concibe sino en ademán de muchos ocios reunidos y sosegados; ocios que habremos de considerar, no como lo esencial de nuestra vida, sino como amables pausas premiadoras del trabajo que pasó y preparatorias del trabajo que vendrá. ¿Por qué no amar y cultivar los pequeños ocios de cada día, que son como los domingos en miniatura dentro de cada jornada de trabajo? Existen lugares que, sin ser casinos del todo, son un poco casinos: el Gran Casino, el café, el bar, la cafetería, la cueva más o menos existencialista. Pero el casino, el

buen casino, no es nada de esto. El buen casino tiene un aire provinciano, aunque se halle situado en una gran ciudad, y es amigo, en su iniciación, de la luz de gas, los coches de caballos, los primeros trenes... Casino: balneario permanente de la ciudad. Nombres finiseculares, tranquilos y honrados, como de fábrica de harinas, de cuento romántico o de panadería: "La Amistad", "La Constancia", "El Recreo", "La Peña". Francisco de Cossío, gran catador del clima de los casinos, aludirá al hombre de la calle que, cuando pasaba por la acera donde se encontraba el círculo, se sentía un poco intimidado, porque de aquellos salones, cuyas arañas monumentales, a través de las vidrieras, taladraban la niebla de las noches invernales, partían los dictados influyentes para la vida de la ciudad. Casinos provincianos, y casinitos acogedores, pueblerinos, íntimos y melancólicos de "Azorín", de cuya obra podría extraerse una gran antología de casinos. "En el casino —escribe "Azorín"—, la concurrencia de prima noche se ha ido disgregando; en un ángulo, medio sumidos en la penumbra, cuatro jugadores mueven ruidosamente las fichas del dominó sobre el mármol. Las lamparillas eléctricas lucen mortecinas. Hay algo en la atmósfera que es cansancio, tedio, monotonía indefinible..."

Vamos a dar una vuelta por el casino, vamos a esperar en el casino, vamos a refugiarnos en el casino; entre dos ocupaciones, vamos a estar, simplemente, en el casino. Todo, dentro de un clima general de casino. Se irán estableciendo en el casino niveles y plataformas de peñas, lecturas, distracciones. Y las ventanas, que

(Pasa a la pág. siguiente.)

Antalgina

NUEVO
ANALGESICO
ANTIPIRETICO



servirán para ir levantando el acta de lo que pasa en la calle, para "ver pasar o ver volver". Las ausencias inevitables irán poniendo en el casino huecos de nostalgia. Y al regreso, todo igual. Los paños verdes de las mesas de juego, las pantallitas de las salas de lectura, los cueros oscuros de los divanes y butacas, irán creando, más que el color, el tono del casino. Aquí, luces a velas desplegadas; acá, penumbras ajustadas a la media voz de la tertulia; allá, luces amparadoras de las largas lecturas. Junto al tono de los colores, el aire de los perfumes. Un buen casino debe oler a tabaco y a café. Y un buen casino parece siempre dispuesto a un baile de lanceros o a la recepción de una Estudiantina.

Se cultivará en el casino el arte de dialogar y el arte, no menos difícil, de callar y escuchar. Las horas del día y de la noche se van marcando en el casino. ¡Cuántas cosas pasan en la ciudad y se reflejan en el casino, desde que entra el primer madrugador hasta que sale el último trasnochador! Los madrugadores dirán a los trasnochadores: "Buenos días", y los trasnochadores a los madrugadores: "Buenas noches". Y entre unos y otros, en ese momento, se producirá un pacto fugaz de cordialidad patética.

¡Casinos supervivientes en olor de provincia y de señorío tradicional! El casino es fiel a la tradición, y es contrario a innovaciones peligrosas. Los servidores, sin dejar de serlo—¿quién no es servidor en la vida?—, son también unos magníficos señores, y harán compatible la confianza con el respeto.

En cada casino, un caudal de historia; historia de personas, de familias, de anécdotas, de recuerdos, de humanidad: historia pequeña del vivir cotidiano, que constituye, la mayor parte de las veces, el fondo de la otra historia, la que se escribe con mayúscula y se estudia en los libros. El casino, espejo del tiempo, es una institución que quizá se lleve el vendaval de los tiempos. La verdad es que, por ahora, no está la vida para casinos. Pero la verdad es también que, por ahora, sobreviven nuestros casinos, tal vez un poco anquilosados, tal vez un poco soñolientos de siglo XIX, con sus terciopelos raídos y sus arañas románticas, sus socios de siempre y sus ventanas contemplativas, con un fondo amable de ciudadanía y de cordialidad, que habrá que acomodar al ritmo de nuestras horas.